

# Ingenio, transgresión, envidia...

(Ramalazos desde el último aliento de una monja en agonía.)

*"La virtud y la costumbre  
en el corazón pelean,  
y el corazón agoniza  
en tanto que lidian ellas"*  
Sor Juana Inés de la Cruz.

**R**einaba aún la noche en aquellas primeras horas del 17 de abril de 1695. Eran apenas las cuatro de la oscura madrugada. En el lecho de su celda, contagiada del mal misterioso que había llevado a la tumba a otras religiosas jerónimas, se abría definitivamente a la plenitud de la luz para la que había vivido y por la que había penado, la novohispana, la mejicana, Juana de Asbaje (¿o Juana Ramírez o Juana Ramírez de Asbaje? Poco importa ya!) conocida por su nombre de religiosa: Sor Juana Inés de la Cruz.

Atrás queda Juana, la hacienda familiar de Panoayán, junto al poblado de San Miguel Nepantla, palabra que en lengua nahuatl significa "tierra de en medio"; en la falda sur del Popocatepetl, donde -según tu decir posterior, Sor Juana- "... los rayos solares / me mirasen de hito en hito, / no bizcos, como a otras partes".

No has cumplido aún los 44 años de edad, pues naciste el 12 de noviembre de 1651. Se extingue la existencia terrenal víctima del mal que habías tratado de aliviar asistiendo a tus hermanas enfermas, pero herida, desde mucho antes, en la médula misma de tu vida difícil, por las incomprendiciones y la hostilidad, frutos de la envidia de los mediocres; herida de muerte, sí, por el ambiente de mezquindad en el que la Providencia amorosa de Dios te colocó. ¿Razones? Solo Dios las conoce y a El se le acepta, no se le piden cuentas... Es posible que ya, en la luz en la que habitas, lo comprendas todo; conozcas ya los componentes de tu cifra personal y hayas descifrado tus enigmas. "¿En perseguirme, mundo, qué intereses? / ¿En qué ofendo, cuando sólo intento / poner bellezas en mi entendimiento / y no mi entendimiento en las bellezas?"

Lejos de ti ya, Juana, el agobio de aquella hacienda, de tu origen incierto, de los amos de tu madre guapa... Lejos aquel hombre -¿padrastra respingón?- insoportable, usurpador de tu adolescencia... Lejos los afanes de universidad, cuya carencia supliste, y con creces, con los libros del abuelo: con el aprendizaje, primero de las letras, para poder leerlos; con el estudio del latín después, para que no quedara fuera de tu pupila interior abarcadora, ni las bellezas del buen decir, ni las ciencias, los filósofos y las teologías que con tanta puntualidad llegaban al Virreinato. Transgresora Juana, eso se paga caro. No hubo mujer, no hubo monja y quién sabe si hubo algunos hombres que te igualaran o supe-



Sor Juana Inés de la Cruz

rarán en tus acumulaciones bien digeridas, interiorizadas: Isis, "la de los mil nombres", la "madre del grano" y "la madre de la sabiduría", la de los cultos decorosos apropiados para engendrar paz en los corazones acogidos, fue tu metáfora preferida. Faetón fue la otra, el hijo de Apolo y de Climena, fruto -como tú- de una conjunción inaceptable para muchos. Como tú quiso conducir el carro de Helios -el Sol- para derramar su luz sobre el mundo. Zeus lo autorizó, pero era demasiada empresa. Los caballos se desviaron de su ruta, los ríos se secaron y fueron arrasadas todas las montañas de la Tierra, lo que provocó las iras del propio Zeus quien fulminó al "ingenuo" y también transgresor genial Faetón, precipitándolo para siempre en el Eridano.

[No casualmente elegiste, Juana, tus metáforas:]

Tampoco elegiste por azar a tu patrona, Santa Catalina de Alejandría. "Pura", quiere decir su nombre y se afirma -y así tú lo contactaste deliciosamente- que a los dieciocho años se presentó en la corte de Maximino, el gobernador de Egipto y paralizó a todos por su profesión razonada de la fe cristiana y por la confusión que sembró entre los filósofos y científicos de la más docta de las ciudades del Imperio. Fue sometida al tormento de la rueda dentada y posteriormente decapitada... Ahora dicen que no existió; que su vida no es más que una bella parábola urdida para mostrarnos la superioridad de la pureza y de la fe, sobre los desórdenes del paganismo... Yo no sé, Juana, si ella existió o no, pero a su patrocinio te encomendaste y yo sé que tú exististe; que fuiste sometida al tormento de las ruedas dentadas, de las lenguas afiladas y venenosas que al fin, lograron cercenar la cabeza más rica del continente americano en aquel siglo XVII, de oro en la península desde la que se nos gobernaba. "Perdióse, oh dolor, la forma / de sus doctos silogismos: / pero, los que no con tinta, / dejó con su sangre escritas".

¡Ay - Arzobispo, Aguiar y Seijas! Te excusa de maldad y de arder en las pailas del Averno la falta de luces y la evidente patología / ¿Sabrás, Juana, que daba gracias a Dios por su falta de vista, gracias a la cual no podía admirar un rostro y un cuerpo de mujer en el único momento en el que no podía evitar su presencia, en la celebración de la Eucaristía? ¿Sabrás en tu celda de jerónima enclaustrada, que ninguna fémora podía entrar en el Arzobispado y que, cuando por descuidos del portero, alguna osaba poner su pie en el zaguán, ordenaba cambiar inmediatamente las losas, porque aún una losa hollada por pie de mujer podría ser ocasión de pecado de lujuria? ¿Sabrás que no sólo las mujeres, sino también los entendimientos ilustrados le provocaban un pesar tal que era capaz de perder todo control ante ellos?

¿Te enteraste de que en una ocasión, a tu coterráneo y contemporáneo, Carlos de Sigüenza y Góngora, por una discrepancia intelectual, en su despacho, lo molió a baculazos? He oído que si no interviene uno de los sacerdotes del Arzobispado, el cráneo de Don Carlos hubiera quedado hecho trizas, como frágil vasija de barro. No canonizo a Sigüenza y Góngora, ni me matrimonio con todos sus sentencias, pero de esto a molerle la huesera a baculazos, hay un gran trecho. ¿Cómo pensar en una armonización del Arzobispo contigo: mujer y bella por añadidura, monja ilustrada (recuerda que casi todas tus compañeras de comunidad eran analfabetas) Sería mucho pedir al Arzobispo Aguiar y Seijas, quien, más que roñas, inspira compasión. ¡Roñosos los mecanismos eclesiásticos y civiles que lo elevaron a tamaño servicio pastoral!

Ya puedes darte el placer, Sor Juana, de olvidar aquel concierto de mezquindades en el que tantos tomaron parte: tus monjas jerónimas que te envidiaban y aborrecían y, simultáneamente, no querían prescindir de tu presencia en el monasterio, fuente de prestigio y abundantes donaciones; tuvo su parte el ambiguo Manuel Fernández de Santa Cruz, Obispo de Puebla, aparentemente amigo y a la vez cómplice en el rayo de Zeus con su respuesta a tu Carta Atenagórica; respuesta que - para no rebajar su condición episcopal- firmó como Sor Filotea de la Cruz, dando henchimiento a su ambigüedad; no excluyo del concierto a tu director espiritual Antonio Nuñez de Miranda S. J. y a los que no toleraron tu discrepancia teológica con el Padre Vieira S. J., quien - desterrado en Brasil, después de haber sido confesor de la Reina Cristina de Suecia- ni se enteró de ella... Ajiaco de excrementos pestilentes; no otra cosa fue todo aquello Sor Juana." **Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de la misma que culpáis / ... Pues para que os espantáis / de la culpa que tenéis? / Querellas cual las hacéis / o hacédlas cual las buscáis... / ... Bien con muchas armas funde / que lidia vuestra arrogancia, / pues en promesa e instancia / juntáis diablo, carne y mundo".**

Pero, ¿sabes, Juana, cuál fué, a mi entender, tu mayor e "imperdonable" transgresión? ¡Que al final te sometiste! Era, pues, tu gran victoria; los argumentos de la mezquindad quedaron hechos trizas cuando renunciaste a toda labor intelectual, entregaste tu imponente biblioteca (la mayor biblioteca personal del nuevo continente), los instrumentos musicales y los científicos, incluyendo el telescopio que te permitía el deleite y el es-

crutinio de los astros; los entregaste nada menos que al Arzobispo Aguiar y Seijas para que lo vendiera todo e incrementara sus obsesivas, irrespetuosas, alardeadoras y humillantes limosnas... ¿En dónde quedó entonces la acusación de soberbia y de ansias de protagonismo ilimitado? Tu celda quedó desnuda: tres libros de devoción, algunas imágenes: el Crucificado, la Virgen María, Santa Catalina de Alejandría y San Jerónimo y los cilicios y las disciplinas que maceraban tus carnes... Quedaste sola con tu Esposo de siempre, el que nunca te abandonó y al que nunca abandonaste, aunque hayan ocurrido devaneos en tu azarosa existencia. Fuiste una mística y la oración y la atención a los enfermos calmaron tu corazón y el entendimiento despierto: probablemente, alguna vez, los asaltos del recuerdo, la nostalgia, la reflexión imperitente, la que siempre aflora... Pero triunfaste sobre todos: quedaron desarmados ante tu despojo, tu silencio y tu caridad heroica. Perdonaste, ya puedes olvidar y sonreír tu sonrisa eterna recordando lo que tú misma rubricaste con tu sangre en el libro de Profesiones del convento, poco antes de morir: " **Aquí arriba se ha de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico, por amor de Dios y de su Purísima Madre, a mis amadas hermanas las religiosas que son y en lo adelante fuesen, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido. A todos pido perdón por amor de Dios y de su Madre. ¡ Yo, la peor del mundo; Juana Inés de la Cruz".**

¿"Trampas de la fe"? Así se expresa tu paisano Octavio Paz. Es cierto: el maligno puede servirse frecuentemente de la fe para tendernos las trampas más sutiles: la soberbia y la envidia y sus parientes la autosuficiencia y el egoísmo enraizado en una pseudoespiritualidad y el distanciamiento de la persona humana común y del mundo en el que vivimos, son algunos de estas trampas. Pero tu no caíste en ellas, Juana de Asbaja, Juana Inés de la Cruz. La fe para ti, fue fero y trampolín o rampa de lanzamiento; quienes cayeron en las trampas, a mi entender, fueron los integrantes del coro de mezquindades, de cuyo nombre no quiero acordarme y si los recordare, prefiero no repetirlos. Además, muchos se me quedarían fuera de esa lista maldita de sorvidores, conscientes o inconscientes de Satán; de evidentes enemigos del Reino de los valores del Evangelio en el fecundo precio de Nueva España.

Tu perdonas, sonríes y, quizás, olvidas ante el Sol radiante: ahora ya junto a El, sin haber equivocado la ruta como el Faetón de tu metáfora. Nosotros ni sonreímos, ni olvidamos aunque perdonemos. Perdón sí, que es divino; olvido no, que es arma diabólica contra los exorcismos. ¡Que no se repitan, Juana, historias semejantes a la tuya, en las que señorean la mezquindad y la envidia! Repítete tú, pero no tu entorno asfixiante, no la tela maldita de arañas de la ponzoña..." **ánimo arrogante que, el vivir desprezando, determina su nombre eternizar en su ruina"** ("Primer Sueño"). □

17 de abril de 1995

Tercer Centenario de la muerte de Sor Juana Inés de la Cruz, por razones sobradas conocida como "Décima Musa del Parnaso."